

Presentación

Antonio Moreno Juste
Juan Carlos Pereira

El fenómeno de la *integración europea* es, en el marco del entramado institucional definido por los procesos de cooperación política, económica y social tras la Segunda Guerra Mundial, el que presenta —posiblemente— unos contornos peor definidos y el que arroja mayores dudas a la hora de su consideración como objeto de estudio historiográfico. El aura metapolítica que tradicionalmente ha rodeado a todo lo relativo a la construcción europea y la falta de acuerdo a la hora de valorar su significado histórico son algunas de las grandes cuestiones abiertas y a las que frecuentemente se suele hacer referencia en las agendas de investigación, pero no las únicas.

Para Ulrich Beck, por ejemplo, el principal problema reside en que el estudio del proceso de construcción europea se ha venido realizando desde un concepto de sociedad que no es otra cosa que el punto de cristalización del *nacionalismo metodológico* en sociología. Según este patrón, Europa debe ser concebida como un «plural» de sociedades que la componen, es decir, por adición. O dicho de otro modo, la sociedad europea es coincidente con las sociedades nacionales de Europa. Este *nacionalismo metodológico*, en expresión de Beck, se revelaría erróneo desde una perspectiva histórica, ya que suprime las realidades y ámbitos de acción complejos que conforman Europa. En su opinión, Europa ha sido estudiada desde una perspectiva nacional, como una nación incompleta o un Estado federal incompleto, y, consecuentemente, los trabajos históricos, politológi-

cos o sociológicos parten de la premisa de lo que le falta para convertirse en ambas cosas, en Nación y Estado, sin considerar otras categorías posibles.

No podemos olvidar, en ese sentido, que según la lengua empleada y la tradición intelectual de referencia, existen diferentes maneras de considerar el fenómeno. Unas tendencias que no sólo han subrayado el peso de la diversidad lingüística en Europa, inseparable de la gran pluralidad de tradiciones nacionales en lo que concierne a las relaciones entre política y organización de sociedad, sino, sobre todo, la propia lógica del proyecto europeo como proceso histórico en construcción. Una situación que, como afirma Zygmunt Baumann, invita a hablar del *telos* de la aventura europea, a pensar Europa como una *aventura inacabada*.

Lo cierto es que la construcción europea ha atravesado, desde una perspectiva histórica, por diferentes etapas en interacción con otros procesos de carácter global o regional —geoestratégicos, económicos, sociopolíticos, culturales...—, que han coadyuvado a la definición de sus propios avances y retrocesos, posiblemente más lineales desde el punto de vista económico —aunque no exentos de crisis— y, desde luego, más discontinuos e inseguros desde el punto de vista político.

Es más, nació con una serie de Estados-nación cuya base política era extremadamente débil en la segunda posguerra mundial; contempló el asombroso aumento de los ingresos reales en la década de los cincuenta y vio cómo se extendía la satisfacción de los gobiernos nacionales. Fue testigo de los costosos y ambiciosos programas sociales de los años sesenta, del regreso del desempleo en los setenta, del enorme aumento de las desigualdades en los ingresos y rentas durante los ochenta y de la espectacular transformación sufrida por el mapa de Europa en los noventa, tras el fin de la Guerra Fría y la desaparición del *Bloque del Este*. Y desde hace más de una década padece la neutralización de las instituciones europeas por parte de los Estados y los gobiernos nacionales, imponiendo cada vez más los intereses nacionales y cada vez menos la definición de un interés general europeo.

Posiblemente por ello, de día en día aumentan las filas de aquellos que creen ver señales de su agotamiento como proyecto y son cada vez más numerosos los que piensan que el aliento europeo, tan intensamente vivido por los *padres fundadores*, parece estar definitivamente extinguido. Es más, crece la impresión de que los ciudadanos no

han acabado de tomarse en serio la construcción europea porque han creído que se trataba exclusivamente de una unión comercial y arancelaria, y avanza la idea de que las *elites políticas* se han manifestado a favor de Europa más por necesidad que por convicción con un compromiso existencial de Europa. Pero también forma parte del problema el no haber alcanzado el grado de profundidad y de cohesión interna suficiente.

La Europa instituida por la Unión Europea no es un Estado ni tampoco una nación, aunque presenta elementos de gestión y *gobernanza* federal, y suscita un limitado sentimiento de identidad política y de pertenencia cultural. Una ambigüedad que también es resultado de una agenda política, mutable y compleja, que se caracteriza en la actualidad por los debates en torno a si Europa será en el siglo XXI un museo o una pieza maestra en el reparto de poder global; sobre cómo afrontar los déficits democráticos de la Unión Europea o cómo combatir la irrelevancia del espacio público europeo.

«Pensar Europa —afirma Eric J. Hobsbawm— es hacerlo sobre una pregunta abierta y, por tanto, sujeta a discusión», cuyo correlato, añadimos nosotros, probablemente resida en que se mantiene la necesidad de respuestas ante los retos del presente e incertidumbres del futuro; un rasgo que une a los europeos de cualquier tiempo, tanto a los de la inmediata posguerra como a los de inicios del siglo XXI, aunque cada generación de europeos ha percibido desde la posguerra mundial la construcción europea con diferentes acentos y variedad de matices.

Un debate que, con un sustrato más académico que político, se ha venido agudizando desde los años setenta a propósito de la relación establecida entre la profundización de la estructura política de la Comunidad y el desarrollo de una identidad europea. De hecho, que sean muchos los que consideran hoy la construcción europea *un camino a seguir más que un punto de destino* es algo muy diferente al sueño de unos «Estados Unidos de Europa» de los *padres fundadores* (Monnet, Schuman, De Gasperi, Adenauer o Spaak).

El posible corolario de estas observaciones implica considerar que no hay una única forma de explicar el proyecto europeo, de la misma forma que no existe un *relato europeo* —aunque éste, seguramente, no es ni posible ni deseable, ya que el modelo resultante sería escasamente representativo de la Europa cosmopolita y posnacional surgida en las últimas décadas y de su particular *ethos*—. Hoy es difícil hablar

de una futura Europa federal o de una superación del Estado-nación e incluso, con toda probabilidad, no sea posible en las circunstancias actuales pensar en una Europa más integrada, ya que *Europa* se construye sin un modelo claramente definido y se halla a merced de una constelación de variables y factores internos y externos, culturales y políticos, espirituales y económicos, que si bien son difíciles de caracterizar, más complejo es todavía desentrañar sus interrelaciones y respuestas. Europa emerge hoy como un objeto de estudio complejo, que presenta fuertes dosis de incertidumbre y riesgo, cuyos efectos alcanzan al proceso de institucionalización de la Unión Europea, permiten definir a Europa como modelo económico y social o cuestionar su protagonismo en las relaciones internacionales.

Unas dificultades a las que la disciplina histórica no se sustrae, ya que el progresivo aumento de la complejidad para definir un modelo cerrado de integración política —Europa sólo se ha entendido, bien como un «super-Estado» que suprimiría a las naciones, o bien como una federación de Estados-nación que defenderían celosamente sus respectivas soberanías— ha tenido consecuencias a la hora de explicar el proceso de integración.

En efecto, desde el punto de vista historiográfico, muchas de las interpretaciones al uso parecen haber estado más cerca —y aún lo están todavía entre determinados casos— del relato mitológico que de un riguroso análisis histórico. Y no ha sido hasta mediados de los años ochenta cuando ha comenzado a proyectarse una imagen mucho menos poética de la presentada por el discurso oficial de las instituciones europeas.

Esas investigaciones han puesto de manifiesto no sólo sus objetivos —a grandes rasgos, resolver algunos conflictos del pasado, bien de carácter interno entre clases, agentes sociales e ideologías políticas, bien de naturaleza internacional y que habían abocado en menos de un interciclo generacional a dos guerras devastadoras—, o los condicionantes de unos proyectos que implicaban necesariamente cesiones de soberanía nacional a unas nuevas entidades supranacionales, sino también la naturaleza misma de unos modelos de transferencia de soberanía, el conjunto de instrumentos en su desarrollo formulados y las instituciones a las que han dado lugar y que han transformado radicalmente la faz del viejo continente.

En buena medida, estos debates han estado ausentes de la historiografía española como consecuencia de la marginación de España

de dichos procesos en sus primera fases, pero también como resultado de ese valor metapolítico —al que ya nos hemos referido— que en los primeros ochenta se concedió a la pertenencia de España a la Comunidad Europea y a su corolario, el mantenimiento en las dos décadas posteriores de la percepción de Europa como entorno inmediato, y casi único, de la dimensión exterior de España, núcleo de las interpretaciones aparecidas en esos años sobre los profundos cambios acaecidos desde el final del régimen franquista. Pocas han sido las aportaciones españolas, y no sólo desde la historia, al estudio y a la reflexión colectiva sobre el proceso de construcción europea. Afortunadamente ya contamos con algunas obras generales sobre este peculiar proceso, así como tesis doctorales, trabajos de investigación y proyectos de investigación transnacionales. Se adentran, desde diferentes aspectos de la política europea, en el papel de los protagonistas, el discurso de los grupos y organizaciones europeístas a nivel regional y estatal, la europeización sobre instituciones, políticas públicas o el mismo proceso político comunitario.

El estudio histórico de la integración europea ha superado definitivamente el punto de vista de los políticos, quienes habían puesto de manifiesto que la razón principal de la empresa había sido el idealismo de hacer realidad el viejo sueño de la unidad europea. Hoy, en términos historiográficos, la integración europea aparece como una acción preñada de pragmatismo intergubernamental, determinada por las ineludibles necesidades de unos debilitados Estados europeos, coherente con unas nuevas concepciones económicas, encaminadas a adaptar el mundo exterior a las necesidades de abastecimiento productivo interno, y, por supuesto, mediatizada en sus primeras fases por un contexto internacional caracterizado por la confrontación bipolar y la relación trasatlántica. Aunque no por ello se rechazan los *planteamientos federalistas* en las explicaciones globales relativas a la identidad europea, emergen nuevos enfoques en torno a la conformación de un espacio público europeo o la «*Transnational History*». Pero, como afirma John Gillingham, «*in European Integration, historical writing about the subject is in its infancy*».

Si como historiadores nuestro objetivo debe ser hacer inteligible la contemporaneidad a través de una aproximación al pasado inmediato, cuya agenda de investigación se construye desde los problemas del presente, Europa puede representarse desde la posguerra mundial como un laboratorio en el que se intenta desarrollar un espacio

transnacional, formado por quienes han descubierto, tras experiencias terribles, que la definición del propio interés no puede llevarse a cabo sin el concurso de los otros. Un espacio en el que se pretenden —y se logran— objetivos como la unión económica y monetaria, se desarrolla una política exterior común o se formula una política de defensa europea.

Evidentemente, la construcción europea ha proporcionado un largo periodo de estabilidad política y social sobre la base de un sistema político organizado en los principios de libertad, pluralismo y tolerancia; ha generado una prosperidad económica sin precedentes —también en España—, y, en fin, ha permitido la creación de nuevas formas de organización común, destinadas a prolongar las positivas tendencias de la segunda mitad del siglo pasado, por otra parte muy erosionadas en la actualidad —sin considerar el escenario de la actual crisis económica—.

La aproximación a la construcción europea como objeto de estudio histórico y a la extensa historiografía existente, fuertemente imbricada, aunque no en exclusiva, con la historia de las relaciones internacionales y la presentación de algunos de sus resultados más relevantes en los últimos años, son los objetivos del *dossier* que aquí se presenta.

La ausencia de una noción única de Europa, unida a la necesidad de reflejar la pluralidad del debate europeo, se traslada, por otra parte, al *dossier* a partir de la convicción metodológica de que la construcción europea en cuanto proceso histórico debe ser abordada como un proceso específico, cuyas dinámicas histórico-políticas, económicas, sociales, culturales e internacionales exigen una atención permanente de las nuevas formas de considerar sus orígenes, interacciones y efectos.

Bajo el epígrafe «Europa desde 1945. Nuevas perspectivas del proceso de construcción europea», el *dossier* se organiza en torno a cinco cuestiones que quieren representar, como mero botón de muestra, la enorme variedad temática y pluralidad de enfoques y metodologías en el ámbito de la construcción europea.

De acuerdo con este objetivo, en el *dossier* tienen cabida desde las reflexiones de un *insider* del proceso de toma de decisiones comunitario (Ángel Viñas), pasando por enfoques más tradicionales en función del objeto de estudio como la Unión Económica y Monetaria en relación con otros sistemas económicos (Salvador Forner) o la

asimétrica relación Europa-Estados Unidos y las paradojas actuales de la agenda trasatlántica (Antonio Varsori), hasta perspectivas más novedosas como las dirigidas al estudio del papel de la sociedad civil en la construcción europea (Pilar Folguera) o las interacciones entre historia de la integración europea y espacio público a partir de los problemas de legitimidad democrática del proyecto europeo (Antonio Moreno).

Antonio Moreno dirige su estudio a la compleja relación entre historia de la integración europea y espacio público. En su opinión, a pesar de las alusiones a la historia en los debates en torno a la necesidad de un espacio público europeo como solución a los déficits de legitimación del proyecto europeo, es preciso alejarse de cualquier tipo de predestinación sobre la unidad de Europa. La utilidad social de su estudio desde la perspectiva del historiador reside en la misma ambición de contribuir a la europeización de los diferentes espacios públicos, pero sin renunciar ni al imprescindible ejercicio de crítica ni al análisis riguroso de nuestro pasado inmediato.

El artículo de Ángel Viñas se dirige al análisis crítico desde la experiencia vital de más de veinte años en la política comunitaria del proceso de toma de decisiones comunitario. El equilibrio institucional generado en torno al binomio intereses nacionales-interés europeo se encuentra históricamente en la base misma de la construcción europea. Sin embargo, ese modelo parece estar llegando a su fin. Después de casi veinte años de experimentación institucional, posiblemente los Estados miembros se den por satisfechos con disponer de una buena base jurídico-institucional, ya que ello es una condición necesaria para hacer frente a los desafíos internos y externos de la Unión, pero cabe la duda de que con ello se ampute su futuro y se estanque el proceso de integración.

Salvador Forner, en su artículo sobre la dimensión económica de la integración europea y el papel del euro, analiza los logros de la nueva etapa de estabilidad monetaria que se abre con la creación de la Unión Monetaria Europea (UME), extrayéndose de la comparación con otras etapas anteriores la conclusión de que las ventajas de la estabilidad monetaria proporcionada por el euro compensan los indudables riesgos y retos que deben afrontar algunos de los países pertenecientes a la misma.

Por su parte, Antonio Varsori señala cómo las relaciones entre Europa occidental y Estados Unidos a lo largo del conflicto bipolar

se han basado en el binomio Pacto Atlántico-Comunidad Europea. El resultado de esa relación desequilibrada ha sido una alianza peculiar sustentada en el *atlantismo*. Pero el lento desarrollo de una identidad europea, junto a las transformaciones del sistema mundial en la posguerra fría, ha desprovisto a esa relación del sentido de épocas pasadas.

Pilar Folguera, en su trabajo sobre la interacción entre sociedad civil y acción colectiva sobre la construcción europea, estudia la potencialidad que tienen las organizaciones y redes europeas para influir sobre las instituciones y obtener un mayor reconocimiento de los derechos de ciudadanía. En su opinión, los progresivos avances en el reconocimiento de los derechos de ciudadanía en la Unión Europea no pueden ser entendidos sin analizar las formas en que la acción colectiva incide tanto en las instituciones europeas como en los Estados miembros para ampliar el espectro de estos derechos reconocidos en el acervo comunitario.